

Homilías del Domingo 18 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo dijo uno del público a Jesús: Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

Él le contestó: Hombre ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros? Y dijo a la gente: Mirad, guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes. Y les propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿Qué haré? No tengo dónde almacenar la cosecha. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. Y entonces me diré a mí mismo: Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años: tumbate, come, bebe y date buena vida”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?” Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Estamos ya tan habituados que no nos resulta fácil ser conscientes del cinismo y la mentira que impregnan algunos ámbitos de la sociedad actual.

Teóricamente se sigue dando primacía a los valores del espíritu. Por todas partes se proclaman los grandes ideales de justicia, libertad, solidaridad. En cualquier momento se pueden escuchar discursos revestidos de nobles propósitos.

Pero son pocos los que se atreven a confesar que lo verdaderamente importante y decisivo en la vida de muchas personas es casi siempre “ganar dinero”.

A la hora de la verdad es el dinero el que motiva, mueve y obsesiona con más fuerza a muchos hombres y mujeres de hoy. No es difícil ver dónde radica ese poder fascinador del dinero, auténtico “fetiche” de la sociedad contemporánea.

El dinero, en primer lugar, permite comprar y poseer toda clase de cosas que nos parecen hoy indispensables para “estar bien”. Sin dinero no hay cosas y sin cosas nos parece imposible ser felices.

Por otra parte, el dinero hábilmente utilizado, da poder y prestigio. Proporciona un “status” social aún a costa de falsearlo todo. Ya dice un personaje de Shakespeare que “el dinero hace blanco lo negro, hermoso lo feo, justo lo injusto, noble lo ruin, joven lo viejo, valiente lo cobarde”.

Es todo un espectáculo observar a las personas presentando de manera infantil sus “símbolos de prestigio”: “¿Has visto mi último modelo? “¿Quieres visitar el apartamento que acabamos de comprar?” “Este es un producto que todavía no lo podrás encontrar aquí”...

Todo parece que ha de ser estimado por su valor de cambio. Hablamos de “un piso de cuarenta millones”, “un viaje de un millón de pesetas”, como si lo importante de un piso o de un viaje fuera el dinero que nos ha costado...

Pero ¿a qué queda reducida nuestra vida si el dinero se convierte en medida de todas las cosas y la razón casi única de la existencia?

Contaba una vez un misionero que acaba de llegar a España, después de muchos años en la selva. Que sus familiares en una especie de orgullo, le llevaron a visitar unos grandes almacenes... Desfilaron por todo tipo de plantas (máquinas y electrodomésticos, pisos de ropa, de libros, de discos y perfumes; salas llenas de muebles y lámparas; restaurantes,

cafeterías...) Un gigantesco supermercado en el que no faltaba de nada. Un estallido de progreso y comodidad...

Cuando a la salida, preguntaron al misionero ¿qué le había parecido?, esperando constatar su asombro, el asombro fue suyo al oírle decir: “Me ha parecido interesantísimo; he visto un millón de cosas que la gente con la que yo vivo no necesita en absoluto...”

Y a una misionera a quien le preguntaban qué impresión le causaba nuestro país al regresar después de muchos años trabajando en la India... Respondía: Lo que más me impresiona de mis compatriotas españoles es que no son o no parecen felices. Y que lo son mucho más los indios con los que trabajo, tal vez precisamente porque tienen mucho menos de todo”.

Oyendo cosas como éstas uno tiene que pensar que, evidentemente, aquí alguien está loco: o ellos o nosotros. Y entonces uno se pregunta qué es ser feliz: si tener el alma abarrotada de deseos de cosas que, naturalmente, nunca acaban de conseguirse, o, por el contrario, tener esas poquitas cosas que son realmente imprescindibles y ser feliz porque ya no se desea nada más.

Si algo dramático debiera aprender nuestra civilización es que no es precisamente el consumismo ni la abundancia quienes traen la felicidad. El número de suicidios se multiplica en los países desarrollados. La insatisfacción matrimonial aumenta con la crecida del progreso. El número de visitas a los psiquiatras es proporcional a lo que llamamos niveles de bienestar...

¿Hay algo más vacío que toda esa ingente cantidad de personas agitándose en los grandes almacenes comprando cosas que para nada necesitan?

Las palabras de Jesús no han perdido nada de su fuerza: ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios”. ¡Qué difícil es vivir en la verdad, descubrir el valor último de la vida y abrirse a Dios cuando se tiene el corazón poseído por el dinero!.

E. Fromm decía que: “no teniendo nada, es muy difícil ser; teniendo mucho, es casi imposible”. La cultura del tener no se pregunta: ¿quién eres tú?, sino ¿cuánto tienes tú? Si el precio de la cultura del bienestar es un notable deterioro del ser, el hombre y la mujer de hoy tendrán que elegir: ser más y tener menos, o ser menos y tener más.

(B)

¡Necio! Es un calificativo que podríamos dirigirnos y dirigir a un gran número de personas de nuestro entorno. Es un calificativo que el Evangelio de hoy propina a cierta clase de hombres, una clase que es mayoría en nuestra época y entre la que, es muy probable, nos encontramos nosotros.

Hoy priva y prima el negocio. Amasar dinero es lo primero que tenemos en nuestra particular y pública jerarquía de valores y a conseguirlo se encaminan los mejores esfuerzos.

Por otra parte, los que manejan los hilos de este mundo nuestro (llamado no en vano sociedad de consumo) están especializados en despertar este afán casi incontenible de ganar dinero. La cosa está clara. Abrimos la TV y aparece inmediatamente ante nuestros ojos un mundo fantástico y carísimo: automóviles con lunas que suben y bajan automáticamente, aire acondicionado, asientos inclinables a todos los lados, con un montón de velocidades y..., hasta con señorita incorporada, señorita !eso sí! lujosa y sofisticadamente ataviada; para decirnos que bebamos un refresco no basta indicar que hace calor, sino que se pone ante el espectador el estupendo espectáculo de unos muchachos: de unos muchachos y muchachas espléndidos y saludables bañados por la espuma que levantan las olas mientras hacen esquí acuático (deporte que no se puede practicar, creo yo, ganando el salario mínimo interprofesional). Sigues viendo la TV (y la TV a pesar de todos sus horrores y aburrimientos la ve mucha gente) y el serial de turno nos presenta una colección de hombres y mujeres que viven unidos (o mejor desunidos) por

una sola meta: el dinero que alcanza el poder. Por él y ante él ceden todos los demás sentimientos, aquéllos por los que la vida merece vivirse: el amor, la fidelidad, la familia, la amistad, la generosidad, la abnegación, el desprendimiento..., todos quedan pulverizados ante el empuje insostenible del dinero. Y los héroes de nuestro mundo no viven, ni sosiegan sino para alcanzar ese patrón oro que esclaviza como ningún patrón del mundo lo haya hecho jamás.

Todo esto lo sabía Jesús porque el hombre es hombre mucho antes de 2004. Y por ello no pudo ser más expresivo en el calificativo que tal actitud le merecía ni más práctico en el tratamiento del tema.

Cuando se lee pausadamente el Evangelio de hoy no se puede menos de sonreír ante el triste espectáculo de un hombre (quizá nosotros mismos) esforzándose desesperadamente por atesorar, por ver qué Banco da un punto más de interés en el plazo fijo, que cédulas son más rentables, qué mercados más productivos, qué oposiciones mejor pagadas...etc, para que de repente ¡zas! "esta noche te van a exigir la vida". y ahí queda el plazo fijo y las cédulas y los primeros puestos del escalafón y los mercados tan trabajosamente conquistados. Y ahí quedan también, la miopía de nuestra vida, los días sosegados que no se han vivido y los sentimientos generosos que no se han despertado y las gratas tertulias que no se han tenido porque no había tiempo para nada y el prójimo al que no hemos descubierto porque viajábamos constantemente Y ahí queda el tiempo que no hemos empleado en el diálogo interior y en la vida familiar, y en la oración, silenciosa y quieta...Ahí queda, sin descubrirlo, tanto tesoro del bueno, del que nos hace de verdad ricos en la vida y en la muerte. En una palabra viendo la escena evangélica se comprende el calificativo de ¡NECIO!, necio el hombre que vive así, aunque haya acumulado riquezas, sea cliente habitual de los mejores lugares de la tierra, haga esquí acuático y ocupe el número uno en la "yet set" internacional.

!NECIO! Es un calificativo tan exacto que me da pena no repetirlo una y otra vez; y que deberíamos repetirlo cuando se nos presente, en la vida diaria, el problema que señala tan acertadamente el evangelio. Y no es que pretenda decir que el hombre deba dedicarse solamente al ocio, pero sí creo que debiéramos detenernos en ese camino peligrosísimo por el que nos estamos deslizando; hacer un alto, usar la cabeza y, si somos cristianos, "mirar hacia lo alto" y dar un buen golpe de timón que nos haga recuperar el rumbo y aspirar a una vida más humana y cristiana.

(C)

Hoy están de moda los estrenos de todo lo nuevo. Todos queremos el coche último modelo, el ordenador último modelo o lo que llaman de "última generación" etc. Sin embargo, aún no han perdido actualidad las cosas que solemos llamar de "segunda mano". Coches de segunda mano, ropa de segunda mano, motos de segunda mano. No. Lo de "segunda mano" no está fuera de circulación. Incluso tenemos que reconocer que la mayoría de nuestras ideas que "creemos nuestras", siguen siendo de segunda mano.

El Evangelio de hoy nos presenta una realidad también "de segunda mano". En vez de solucionar nosotros nuestros problemas, preferimos que sea un tercero el que se meta en el lío. *"Dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia"*. ¿A caso no eran ellos capaces de hacer el reparto? ¿No eran hermanos? ¿No tenían suficiente confianza para repartirse la herencia ellos mismos? Prefieren un "reparto de segunda mano". Prefieren la justicia que viene de un tercero. Prefieren no sus propias soluciones y respuestas sino las que vienen de otro.

A mí, esto de "soluciones de segunda mano" siempre me ha creado una cierta inquietud y preocupación. Es que esto de

“segunda mano” se ha generalizado tanto que ya nadie quiere asumir sus propios retos y dificultades.

Que Dios solucione los problemas del mundo.

¿Os habéis dado cuenta de eso que llamamos Oración de los fieles” en nuestras misas? Personalmente siento la impresión de peticiones de “soluciones de segunda mano”.

Oremos para que Dios traiga la paz a los pueblos y no haya guerras. Pero, ¿es que le toca a Dios hacer callar los cañones o los fusiles o hacer aterrizar esos aviones cargados de muerte? ¿No somos nosotros los responsables de la paz en el mundo?

Oremos a Dios para que no haya hambre en el mundo. El deseo está muy bien. ¿Pero tendrá que hacer Dios de panadero universal para que todos tengan pan? ¿No somos nosotros los que podemos y tenemos que repartir de nuestro pan para que otros coman?

Si os fijáis, cada domingo, podréis ver que difícilmente le decimos *“Señor convierte nuestro corazón para que sepamos compartir lo nuestro para que aunque tengamos poco otros tengan algo más”*. No. Preferimos que sea El quien siembre, quien muele el trigo, quien amase la harina y quien haga el pan en el horno. Y luego que sea El quien lo reparta.

Siempre soluciones de “segunda mano”, como si nosotros no tuviésemos dos manos para repartir y dos pies para acercarnos al que está necesitado.

Que Dios solucione los líos de la pareja

Resulta curioso. ¿Que la pareja tiene problemas? “Señor, cambia a mi marido que ya no le aguanto más sus infidelidades o sus tardanzas”. “Señor, por favor cambia a mi mujer que con ese genio endiablado ya me tiene hasta la coronilla”.

Es decir, que sea Dios quien se meta a arreglar matrimonios, parejas rotas o parejas que no se hablan. Y si se da el caso: que

sea el psicólogo, o el cura o hasta la suegra. Pero que sean siempre los otros quienes solucionen nuestros líos y problemas.

Recuerdo a un amigo mío que era lo más simpático. Y un día comentando esto les decía a las parejas: ¿Sabéis cuál suele ser la respuesta de Dios a vuestras oraciones? “Imbéciles, hablad entre vosotros, que para eso os he dado la lengua y la cabeza”.

Dios no se mete en líos

Felizmente Jesús no quiso meterse en líos de herencias. Y se lo dice claramente: “Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?”

Lo único que hace Jesús es darle la clave para que entre ellos busquen la solución y la respuesta. “Mirad, guardaos de toda clase de codicia”. Jesús no es de los que regala analgésicos para bajarnos la fiebre por un momento. Al contrario, Jesús trata de que cada uno busque y encuentre ese virus que lleva dentro y que es la causa de todos los líos y conflictos en el reparto de los bienes.

Es que, al fin y al cabo, el problema no está en la herencia misma. El problema lo lleva cada uno dentro de su corazón. Su “codicia”, su “avaricia”. Y por buen reparto que Jesús quisiese hacer, ninguno de los dos quedaría satisfecho, en tanto no sanase la codicia y avaricia de su corazón.

Creo que fue Séneca quien escribió que “los pobres siempre quieren algo, los ricos, mucho y los avarientos lo quieren todo”. Y mientras cada uno lleve dentro esa sed de “tener más o más que los demás” seguiremos luchando, no solo por herencias, sino por la posesión de las cosas. Y cuando esa codicia ya se hace “avaricia” entonces nada nos satisface sino que lo “queremos todo”.

Recuerdo el caso de una mamá, preocupadísima de su hija de ocho años. Un día llegó del Colegio llorando sencillamente porque se enteró de que su amiguita tenía quince muñecas y ella solo tenía doce. ¿Y cómo y por qué tener tres muñecas menos que la amiga? Porque eso de la codicia ya el Catecismo nos decía que era uno de los pecados capitales, que lo llevamos metido dentro de nosotros ya desde niños.

No le metamos a Dios en lo que nosotros podemos hacer.
No le pidamos a Dios que haga lo que nosotros tendríamos que hacer.
No le hagamos a Dios responsable de nuestras enemistades de hermanos

(D)

La historieta es de Tony de Mello. Dos hermanos decidieron repartir la herencia de sus padres que eran agricultores. Uno era soltero y el otro casado. Como buenos hermanos repartieron el trigo en partes iguales. Pero el soltero pensó: bueno, yo soy soltero y necesito menos que mi hermano que está casado, tiene mujer e hijos. Y así de noche iba y sacaba un poco de trigo de sus sacos y lo echaba en los sacos de su hermano. Pero resulta que también el hermano casado sacó sus cuentas. Bueno, yo tengo suficiente, además tengo esposa y tengo hijos, mientras que mi hermano tiene que vivir solo. Y cada noche bajaba al granero y echaba algo de su trigo en los sacos de su hermano. Así pasaron los días hasta que una noche, por esa coincidencias de la vida, los dos se encontraron en el granero haciendo la misma faena. Se sonrieron. Se dieron un abrazo. La noticia cundió por el pueblo. Cuando murieron los dos hermanos el pueblo decidió levantar en aquel lugar una Iglesia. ¿Qué mejor lugar para una Iglesia que un granero donde en secreto se vivía la caridad y el amor fraterno?

Lo que realmente nos diferencia a los hombres es el corazón y no el montón de trigo que llena nuestros graneros.

Lo que definitivamente nos diferencia a todos es:

Si en vez de pensar en uno mismo pensamos en los demás.

Si en vez de pensar en nuestras necesidades pensamos en las de los otros.

Si en vez de amontonar para nosotros decidimos compartir con los demás.

Si en vez de pensar que yo soy soltero y necesito asegurar mi futuro porque luego no tendré nadie que se preocupe de mí, prefiere cada noche compartir su trigo con el hermano que posiblemente tenga más necesidades hoy.

Seguro que habéis visto la película TITANIC... Cuando el barco estaba punto de hundirse, un vigilante arrojó un montón de billetes de Banco a la cara de un pasajero, que se los había entregado para que se le permitiese saltar en una barca de salvamento. Se los arrojó a la cara porque, visto lo que se les venía encima, aquellos billetes eran completamente inútiles...

Pues bien. Cuando se hunda el barco de nuestra vida, en el momento de la verdad lo más importante no van a ser los billetes de banco que tengamos. Lo más importante va a ser que hayamos sido las personas que Dios quiere que seamos. Sólo así seremos ricos ante Dios como nos pide el Evangelio de hoy.

P. Juan Jáuregui Castelo